

1950-1952: Inquietudes culturales e inicio de los cursos para extranjeros en el Puerto de la Cruz*

M. Rodríguez Mesa

No sé si el Puerto de la Cruz –y Tenerife- ha valorado en toda su dimensión lo que han supuesto, para su proyección y la de Canarias, los Cursos para Extranjeros, a cuyos inicios y a las difíciles circunstancias que los rodearon me referiré a continuación, para –respondiendo a una amable solicitud de los compañeros de junta del Instituto- intentar contribuir a su mejor conocimiento.

Para conseguirlo considero conveniente recordar que España padeció, después de la desgraciada guerra civil de 1936-1939, un largo período de aislamiento y limitaciones económicas agravadas por la conflagración europea y por el duro bloqueo a que luego se vio sometida. No voy a abundar sobre el particular, pero sí a mencionar –con fines orientativos- que el acuerdo de sanción diplomática tomado por la Organización de las Naciones Unidas en diciembre de 1946, consiguió que en Madrid sólo permanecieran tres embajadores y cuatro ministros plenipotenciarios, quedando las restantes representaciones diplomáticas en manos de encargados de negocios. Ciertamente, se asistía a un panorama político desolador, que incidió decisivamente en la vida del país y que el ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo, intentó paliar intensificando –con la lógica anuencia de Franco- la política de amistad con Portugal, los pueblos de habla hispana y los países árabes.

La situación fue mejorando paulatinamente. El propio Martín Artajo, al hacer balance de lo acaecido en 1951, declara que a finales de ese año el cuerpo diplomático acreditado en la capital de España estaba



Antonio Ruiz Álvarez, primer secretario de los Cursos para Extranjeros y del Instituto, fallecido en Berlín en 1973. Su testimonio sobre el período fundacional, lo recoge Melecio Hernández Pérez en un ilustrativo artículo publicado en “El Día” de Santa Cruz de Tenerife, el 26 de abril de 2003. Foto cedida por Emma Calero.

compuesto por veinticuatro embajadores, dieciocho ministros plenipotenciarios “y sólo dos encargados de negocios...”, añadiendo que se estaba “volviendo a la normalidad” e incluso que “las ceremonias de presentación de credenciales de los jueves”, habían constituido “uno de los atractivos del turismo madrileño”. Sin embargo, en muchos aspectos continuaba pesando la entonces denominada “conjura soviética”... Luego, en 1952, los Estados Unidos de Norteamérica prometen enviar una misión para

negociar un acuerdo de ayuda económica, aconteciendo al año siguiente dos hechos de gran relieve político: la firma de dicho tratado y la de un nuevo concordato con la Santa Sede, deseado por el gobierno español casi desde el fin de la guerra civil.

Martín Artajo –y no piensen que estoy apartándome del tema que nos convoca-, también interviene en la política cultural española, sobre todo en la relacionada con el exterior. De ahí que a la hora de referirme a esta etapa no pueda, o no deba, silenciar su nombre. Y menos aún sabiendo que le corresponde la paternidad del eficaz Instituto de Cultura Hispánica, cuya labor, en las fechas que trato y pese a sus todavía pocos años de existencia, había alcanzado cotas muy altas. Esta afirmación se comprenderá mucho mejor si agrego que venía ocupándose de casi todas las relaciones con América, por tener encomendado “el estudio, defensa y difusión de la cultura hispánica; el fomento del mutuo conocimiento entre los pueblos, la intensificación de su intercambio cultural” y “la ayuda y coordinación de todas las iniciativas públicas conducentes al logro” de estos fines.

Con Cultura Hispánica vinculada al Consejo Superior de Investigaciones Científicas –integrado en 1950 creo que por ocho patronatos-, pronto comenzaron a colaborar destacados intelectuales afines al Movimiento y otros que, sin serlo, se sentían obligados por las circunstancias. Y éstas fueron las instituciones y las vías, inteligentemente –hay que reconocerlo- utilizadas por el régimen de Franco para romper barreras e “intensificar y ensanchar” la acción cultural española en el extranjero. Lo indica el propio ministro de Educación Nacional José Ibáñez Martín, después de una reunión plenaria de dicho Consejo –celebrada en abril de 1950 con asistencia de invitados de varios países-, confirmando cuando, tres meses más tarde –el 19 de julio-, manifiesta que todo se haría “en

armónica coordinación con la importante tarea que, en este sentido, venía realizando el ministerio de Asuntos Exteriores”. Es más, en 1951, año en que se producen importantes cambios en las universidades españolas –incluida la renovación de rectorados y decanatos-, lo corrobora el nuevo ministro de Educación Joaquín Ruiz-Giménez –hasta entonces embajador en la Santa Sede-, al clausurar los Cursos de la Universidad Internacional de Santander. Acto, este último, que llevó al diario *Arriba* a afirmar –en un editorial publicado el 18 de septiembre-, que dichos cursos “y las importantes tareas docentes que todos los veranos realizan las universidades..., constituyen los mejores carteles propagandísticos... que podemos presentar fuera de nuestras fronteras”. Y lo justifica agregando: “la leyenda negra sobre la incultura española encuentra en ellos –rebosantes de estudiosos extranjeros-, uno de sus mentís más rotundos, porque dan al traste con especies calumniosas y contribuyen al conocimiento directo de los rincones más entrañables de nuestra Patria”.

-oOo-

En los puertos de Canarias, el tráfico de buques extranjeros era importante; también la afluencia, durante la temporada invernal, de turistas europeos, testigos y portavoces directos de nuestro acontecer. Esto lo saben y valoran las autoridades de Madrid, desde donde se dirigía toda la política cultural y se apoyaban o descartaban las iniciativas y solicitudes insulares. En este sentido, los informes de los gobernadores civiles eran claves. Luis Rosón Pérez, que en 1950 desempeñaba este cometido en Tenerife, tuvo muy bien asumidas las directrices del Régimen y puso el máximo celo en cumplirlas; lógico porque en La Laguna estaba construyéndose un nuevo complejo universitario y esperaba la visita de Franco, que, según el ministro de Trabajo José Antonio Girón, luchaba “contra la injusticia social

con el arma más poderosa: ¡la cultura!”.

Insisto en 1950 porque especialmente en su segunda mitad, comenzaron a vislumbrarse esperanzadores síntomas de progreso... Ya en junio, el famoso arquitecto italiano Alberto Sartoris, visita Tenerife y expone sus novedosas convicciones urbanísticas y arquitectónicas, oportunamente comentadas en la prensa de la época por Eduardo Westerdahl. También sugiere la conveniencia de establecer en el Puerto de la Cruz un museo de arte contemporáneo y una residencia para artistas e intelectuales, tema en el que insistiría más tarde, divulgado hace escaso tiempo por Ana Luisa González Reimers y Federico Castro Morales. Otro proyecto destacado fue el del “Museo del Mar”, en la Avenida Marítima de Santa Cruz, cuyos planos presentó en septiembre de dicho año José Enrique Marrero Regalado.

Sobresale asimismo, en el ámbito de la cultura, la presencia en la isla del prestigioso Dr. Gerhard Rohlfs, invitado por la facultad de Filosofía y Letras a “desarrollar un curso completo de filología románica, subvencionado –como era habitual- por la primera autoridad civil de la provincia”.

-oOo-

Sin embargo, lo importante, lo trascendente para el Puerto de la Cruz fue la celebración del “Bicentenario del Nacimiento de Tomás de Iriarte”, porque coadyuvó -sin que en principio se lo hubiesen propuesto sus promotores- a preparar la “cimentación” –por decirlo de algún modo- del futuro Instituto de Estudios Hispánicos y la de los Cursos para Extranjeros. Los actos, pese a la precipitación con que fueron organizados, tuvieron eco nacional. Se desarrollaron el 18



Joaquín de Entrambasaguas y Peña, partidario de celebrar los Cursos en el Puerto de la Cruz, participó activamente en la creación del Instituto de Estudios Hispánicos. En la foto aparece junto a Antonio Ruiz Álvarez. Foto cedida por Emma Calero.

de septiembre del mencionado 1950, sobresaliendo entre los mismos una solemne función religiosa en la iglesia de la Peña de Francia -presidida por el obispo Pérez Cáceres- y las inauguraciones de “un jardín de plantas canarias en las laderas de Martiánez” –que quedó al cuidado de la Jefatura Agronómica y del insigne botánico sueco Eric R. Sventenius- y de la Biblioteca y Museo Iriarte, provisionalmente instalada en el salón principal del propio Ayuntamiento, comprometido, desde ese preciso momento, a establecerla en la planta baja del nuevo edificio de grupos escolares situado en la plaza de la Iglesia, tan pronto como las circunstancias lo permitieran; es decir, en la hoy minimizada sede de nuestro Instituto. Por la noche, en el Teatro Topham, actuó la Orquesta de Cámara de Canarias, intervino el abogado y escritor Andrés de Arroyo –en la inauguración de la biblioteca-museo lo había hecho Diego M. Guigou y Costa- e invitado por el nombrado gobernador –presidente de la comisión de los actos conmemorativos-, pronunció una docta conferencia sobre “Iriarte y el teatro de su época” el prestigioso catedrático de la Universidad Central, Joaquín de Entrambasaguas y Peña.

-oOo-

Entrambasaguas, muy vinculado al mundo universitario de Europa y América, destacado dirigente de los Cursos para Extranjeros del C. S. de I. C., vicedirector del Instituto Miguel de Cervantes y del Hispánico, además de profesor del Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas, accedió a impartir al día siguiente una segunda conferencia en el Círculo Iriarte y, el 22, en el Ateneo de La Laguna, la titulada “Sinfonía erótica de Lope de Vega”. Durante estas jornadas estrechó amistad con el alcalde Isidoro Luz Cárpenfer, quien le agasajó y presentó a su destacado colaborador cultural, Antonio Ruiz Álvarez.

A partir de entonces mantuvieron frecuentes contactos... Joaquín de Entrambasaguas se sentía a gusto en la isla y, atraído por el Puerto de la Cruz, regresa en abril de 1951 para participar en un Curso Superior de Literatura y Lingüística, organizado por el vicedecano de la facultad de Letras, Alberto Navarro González, gracias al apoyo económico del citado gobernador y del Cabildo presidido por Antonio Lecuona Hardisson. Durante aquel período afloraron inquietudes y proyectos tan interesantes como el de adquirir terrenos en la nombrada ladera de Martíáñez, con el fin de convertirla –ampliando lo hecho el año anterior– en un valioso muestrario de plantas indígenas. Iniciativa coincidente con la creación de la Asociación de Amigos del Jardín de Aclimatación, presidida por Lecuona Hardisson –y honoríficamente por Pérez Cáceres– e integrada por Domingo Cabrera Cruz, Rafael Machado Llarena, Diego Guigou y Costa, Celestino González Padrón, Germán Reimers Wildpret, Isidoro Luz Cárpenfer, Antonio Lugo Massieu, Jesús Maynar, José Flores Ghobber, Leoncio Rodríguez, Victor Zurita Soler, Tomás Tabares de Nava, Juan Felipe Machado, Domingo Salazar Ascanio y la joven e inquieta María Rosa Alonso.

Ya el naturalista alemán Oscar Bur-

chard había sugerido dedicar a la flora canaria unas huertas situadas en las proximidades de la Cruz del Teide de La Orotava –en “el Majuelo”–, desde donde se contemplaba una espléndida panorámica del Valle, y el presidente Lecuona había tratado de sensibilizar a sus compañeros del Cabildo Insular para hacer lo mismo en Vistabella.

-oOo-

El momento era favorable para el Puerto de la Cruz, porque a su alcalde –vicepresidente también del Cabildo Insular– Isidoro Luz Cárpenfer, le caracterizaba una gran capacidad de gestión y sus cargos le permitían relacionarse frecuentemente con las demás autoridades provinciales y agilizar sus diligencias con la administración central. Además, su amigo Luis Diego Cuscoy, muy interesado en crear un museo y buen conocedor de las piezas prehispanicas



Alberto Navarro González

aquí atesoradas por Juan González Sanjuán –y de la labor que en este campo venían realizando Celestino González y Telesforo Bravo-, acababa de ser designado Comisario de Excavaciones Arqueológicas.

También resultaron beneficiosos los cambios experimentados en la Universidad, sobre todo en el rectorado... El activo catedrático Alberto Navarro González, que había participado en los cursos especiales de Salamanca, Santander y Cultura Hispánica, se dispuso –según declara en 20 de octubre, tras su toma de posesión- a interpretar fielmente las directrices de Joaquín Ruiz-Giménez y de su equipo ministerial, partidario de mantener y potenciar los Cursos para Extranjeros. Tema sobre el que ya se venía tratando en La Laguna y que Navarro y sus colaboradores resolvieron con aleccionadora rapidez...

El Puerto de la Cruz, consciente de lo que dichos cursos podían suponer para su proyección nacional e internacional –y para la de Canarias!, hizo posible que comenzaran su desarrollo en marzo de 1952. Estuvieron organizados por la Universidad de La Laguna –de acuerdo con las indicaciones de Madrid- y dirigidos por el propio Navarro González, que contó con la participación de Samuel Gil y Gaya –prestigioso especialista en la enseñanza del español a extranjeros- y la de sus colaboradores Antero Simón González, Ana M^a Cossío Estremeras y Pablo Pou Fernández, Joaquín de Entrambasaguas, Francisco López Estrada, José Camón Aznar, José M^a Hernández Rubio y Manuel Segura. La secretaría de este I Curso le fue confiada –en calidad de colaborador- al nombrado portuense Antonio Ruiz Álvarez, cuyo quehacer resultó fundamental. A su éxito –asistieron cerca de cien alumnos extranjeros- también contribuyó el añorado Círculo Iriarte, existente en el Puerto desde febrero de 1890.

Se pensaba entonces, con acierto –re-

cuerden lo manifestado respecto a la acción cultural del Gobierno-, que el Puerto de la Cruz y el Archipiélago no debían ser sólo exponentes de paisajes y de manifestaciones folklóricas... Este fue uno de los motivos por los que coincidiendo con el Curso –concretamente entre el 18 de febrero y el 30 de abril-, se celebran en Tenerife, Gran Canaria y La Palma unas jornadas de extensión universitaria subvencionadas –como era norma- por los gobernadores civiles de las dos provincias y el Cabildo palmero. En su preparación intervienen las facultades de Derecho, Ciencias Químicas y Filosofía y Letras, que aprovecharon el desplazamiento de los profesores peninsulares al Puerto para invitarlos a participar. También a Lacambra, Federico de Castro, Ignacio Serrano, Lora Tamayo, Albareda Herrera... Inquietudes que incluso permitieron tratar con José M^a Bonelli, jefe del Servicio Sismológico español, la conveniencia de establecer en Tenerife –dadas las características geográficas y geológicas de Canarias-, un Observatorio de Geofísica “para observar y estudiar la actividad sísmica...”.

–oOo–

Los intentos del rector anterior, Ignacio de Alcorta y Echevarría, no habían fructificado. Tampoco tuvo continuidad –y lo destaco por su indudable significación- un Instituto de Cultura Hispánica creado en La Laguna durante su rectorado y adherido al central de Madrid. Quizás por la carencia de apoyos económicos o simplemente por estimarse innecesario. Lo cierto es que Joaquín de Entrambasaguas, Navarro González y otras personalidades, convencidas de su importancia, estudiaron la posibilidad de establecerlo en el Puerto de la Cruz, ya convertido en residencia predilecta del turismo internacional pese a disponer sólo de los hoteles Taoro, Marquesa, Monopol, Martiánez, la pensión Brisas del Teide y alguna otra. También lo estaba su alcalde Isidoro

Luz Cárpenter, que conociendo lo acaecido y el interés de las autoridades nacionales por instalarlo en el Archipiélago, gestionó el tema con la habilidad que le caracterizaba y logró que en 1952 -a raíz del referido I Curso-, se constituyera en su ciudad -en nuestra ciudad- "un Instituto de Estudios Hispánicos investido de la misma relación con el de Cultura de Madrid...". ¡De la misma relación que el lagunero de efímera vida!

Esto tuvo como consecuencia que

por el Ministerio de la Gobernación hasta el 30 de octubre del indicado 1952. Unos meses más tarde, el 12 de febrero, el Ayuntamiento local celebró "su fundación" y, el 28 de marzo, la inauguración oficial de su nueva sede, acto al que asistieron Alfredo Sánchez Bella -director del Instituto de Cultura Hispánica-, Ramón Bela Armada -director del departamento de intercambio cultural de dicho organismo-, Ángel Ferrant -escultor-, Joaquín de Entrambasaguas, Juan Rodríguez

EL CURSO PARA EXTRANJEROS

LA MISTERIOSA CANCIÓN

Por Luis Diego Cuscoy

A mis amigos escandinavos, que han descansado a la sombra de nuestras palmeras.

Gracias a la Universidad de La Laguna -Universidad de Canarias-, han llegado a la isla, por primera vez, unos hombres y unas mujeres para los que el viajar tiene un alto sentido: aprender. Es ésta una arríbada sin cansancio y sin prisas; un pasar quedándose entre nosotros y un regresar llevándose algo de lo nuestro. Como se llega con la mente despejada y la atención tensa, todo cobra, a los ojos de los recién llegados, ese aire entre impreciso y dulcemente maravilloso en el que se justifican todas las sorpresas.

No es éste un turismo de tiempo sobrante, de rutas y lugares pintorescos; rutas y lugares se dan por añadidura, cuando el aprendizaje de la tierra, de sus gentes y de sus secretos se ha pasado como una lección más.

Mercad a ello sabemos que nos es permitido hablar sin emplear el lenguaje sintético de las guías hechas para la visita fugaz y para el ser anónimo. Por lo mismo, sabemos también que un oído nuevo capta nuestras más leves indicaciones, nuestro hablar generalizador y tránsito de cotidianismos.

Para quien atiende y es verdaderamente curioso, nada es leve, ni cotidiano, ni vulgar: no es que las más mínimas cosas adquieran de pronto una importancia fuera de lugar, sino que se apoderan del auténtico

relieve de las cosas, con sus volúmenes, sus aristas y su entero sentido.

Se nos ha entrado por las puertas el más exigente grupo de visitantes que, con nuestra propia lengua, aprendiéndola, van aprendiendo a desentrañar el milagro de nuestra vida. Porque milagroso es vivir aquí, con remotos ecos mediterráneos cantándonos en todas las caracolas que acercamos a nuestros oídos: con una prehistoria dormida al borde del Mar Tenebroso, valdar irremediable para pueblos empujados por la fuerza de las migraciones: con una flora viva que es como la lámina mágicamente iluminada de otra flora, ya fósil en otras latitudes: con un folklore donde, sobre un vago sustrato primitivo, se amasan los plurales aportes peninsulares empapados en azel marino: con un habla que acusa -todavía- nobles formas del tiempo en que la lengua era la mejor servidora del imperio. Por fin, con unas crestas remontadas en que el fuego de los volcanes levantó arrebatadas plásticas para flores únicas y cantos de pájaros solitarios.

Cuando todo esto esté desentrañado por parte de quienes nos visitan -contando que pueda hacerse- la isla será distinta para unos y para otros. Superada la prima de la guía por el lento trabajar del idioma, la tierra, con sus gentes y sus secretos, se adentrará en el alma de los que ahora con nosotros coexisten. Adentrarse en el alma de los que pasan es un menester que no nos está permitido realizar todos los días.

Importa que se lleven nuestras cimas sacudidas de viento y con retamas en flor; que la identificación de nuestros litorales les lleve de cegadores brillos el recuerdo; que la isla les preste sus mejores caracolas. Pero más importa esa mano que estrecha la nuestra, esa sed de saber más de la tierra para más quererla.

¡Había calculado la Universidad de La Laguna el alcance de esta convocatoria!... Cuando departimos con nuestros amigos extranjeros vamos captando lo que aprender y querer significa a medida que pasan los días y se cala en las cosas. Pero también hemos descubierto algo importante: muchos han llegado aquí para saber de una tierra que desde lejos les cantaba una misteriosa canción. Se encuentran sobre esa tierra y comprueban que la realidad es aún más cautivadora.

¿Pero quién les descubre ese misterio? ¿Quién les revela el temblor de una geografía animada por razas y lenguas misteriosas? ¿Quién, sobre el mapa de la isla, sobre las piedras tibias de la isla, les hace ver las huellas del primer hombre que las pobló?

Mostrar un misterioso pasado es más que dejarles ver esas montañas doradas por el sol. Es buscarle la raíz, el sentido elemental y primario a la canción que desde lejos nos sigue cautivando: a unos, por lo poco que saben de ella; a todos, por el misterio indescifrado de la sencilla melodía. Y ya sabemos el sortilegio de lo que solamente se insinúa.

Artículo de Luis Diego Cuscoy aparecido en "El Día", el 15 de marzo de 1952

los locales en principio destinados a Biblioteca y Museo Iriarte, inaugurados en la sala del antiguo edificio-ayuntamiento en septiembre de 1950, fueran cedidos a esta última institución, cuyos estatutos -como es conocido y recuerda M. Hernández González en una reciente publicación- no fueron aprobados

Doreste y otros invitados. Día asimismo de la apertura de los museos de arqueología y arte contemporáneo Luis Diego Cuscoy y Eduardo Westerdahl, culminado con la celebración, en el Teatro Topham, de "una sesión solemne iniciada con la lectura, por parte del secretario Antonio Ruiz Álvarez,

de una memoria que incluía el proceso de creación del Instituto y actas de las sesiones celebradas”.

-oOo-

En Las Palmas, donde se siguieron con atención estos movimientos, ya habían decidido crear la Casa de Colón, inaugurada el 18 de julio de 1952 en una antigua edificación de la plaza de San Antonio Abad, luego ampliada con la colindante... Institución impulsada por el eficaz presidente del Cabildo Insular grancanario Matías Vega Guerra, que desde los primeros momentos se preocupó de solicitar la colaboración de estudiosos tan sobresalientes como Antonio Rumeu de Armas, según refleja su modélico “Anuario de Estudios Atlánticos”. En ella quedó instalado el archivo de la isla —creado dos años antes y al que dedicaron gran atención Benjamín Artiles, Néstor Álamo y, entre otros inolvidable amigos, Sergio Fernando Bonnet, Santiago Cazorla y Guillermo Camacho y Pérez-Galdós-, el museo de pinturas del propio Cabildo y la llamada sección colombina.

Importantes instalaciones que incitan a algunos estudiosos residentes en Tenerife, a reclamar mayor sensibilidad y atención hacia el patrimonio documental, desprotegido hasta el extremo de que poco tiempo antes —y la vinculación a los archivos me impide silenciarlo!- permitió a unos irresponsables substraer, del depósito de protocolos de Santa Cruz, más de noventa legajos de los siglos XVII, XVIII y primeras décadas del XIX para venderlos como “papeles viejos” —a juzgar por “la supresión y abandono de sus tapas de pergamino y demás envoltorios comprometedores”-, sin que “nadie se molestara... , pese a la denuncia formulada, en buscar su paradero”.

-oOo-

Pero retomo los Cursos para Extranjeros para indicar que en marzo de 1953 volvieron a desarrollarse en el Puerto de la



Isidoro Luz y Telesforo Bravo, 1958

Cruz. Organizados por la Universidad —cuyo nuevo edificio había sido inaugurado en enero-, su secretaría recaía en esta ocasión en Evelio Verdera. Intervinieron Joaquín de Entrambasaguas —distinguido con el nombramiento de Hermano Mayor Honorario de la Venerable Hermandad portuense del Gran Poder de Dios-, José Camón Aznar, César Real de la Riva, Rafael Balbín de Lucas, Vicente Palacio Atard, Alberto Navarro González y otros que omito por exigirlo la brevedad recomendada.

Unos meses más tarde, en noviembre, el ministro Ruiz-Giménez, tras inaugurar en La Laguna la facultad de Filosofía y Letras, se traslada al Puerto de la Cruz y visita las instalaciones de Estudios Hispánicos, donde se interesa por el desarrollo de los Cursos... Entrambasaguas continuaría vinculado a los mismos, más tarde interrumpidos y de nuevo reanudados con la activa participación del

Instituto, donde los extranjeros, en 1953, ya disponían “de una pequeña pero bien surtida biblioteca, con una sección dedicada a literatura escandinava compuesta por cien volúmenes suecos y unos pocos noruegos y daneses” que, casi de inmediato, el departamento de Asuntos Culturales de Noruega se comprometía a incrementar.

-oOo-

El espíritu desprovisto de egoísmos que en el indicado período anidaba en los habitantes del Puerto de la Cruz y de la isla, facilitó tanto la implantación de los Cursos y su aleccionadora continuidad, como la del Instituto de Estudios Hispánicos. Ambos han venido acogiendo, a lo largo de más de medio siglo, a miles de alumnos que familiarizados con la cultura hispánica y la realidad canaria, terminaron convirtiéndose en entendidos divulgadores de las excelencias de nuestro país.

Tarea que en la actualidad podría enriquecerse si la institución dispusiera de instalaciones que facilitasen la consulta de sus fondos bibliográficos y la visión de su espléndida colección de arte. Obra que quizá escape a las posibilidades del Ayuntamiento local, pero que en estos momentos de crisis turística -¡cuando tanto se habla de la necesidad de promocionar culturalmente el Puerto de la Cruz y la isla!- deben afrontar sin dilaciones los responsables políticos de la cultura insular, moralmente obligados a potenciar las instituciones que por su dilatada y eficaz labor, están en condiciones de ofrecer -a muy bajo costo económico por poseer fondos propios y un destacado capital humano- beneficiosos servicios a la comunidad.

Lo exige la historia de los Cursos, la densa actividad del Instituto y el acontecer de la propia ciudad, admirablemente abierta, en la época de la Ilustración, a las corrientes razonadoras del exterior para que la isla se enriqueciera; mérito al que, a juzgar por la

carencia de espacios culturales idóneos, los organismos oficiales no se han propuesto seriamente corresponder. Sin embargo, los dirigentes de Estudios Hispánicos, habituados a las dificultades, deberán insistir y continuar trabajando sin mirar al pasado para autocomplacerse, pero sí para buscar en él los estímulos y la motivadora autoexigencia que demanda la actualidad.

(*) Conferencia impartida por Manuel Rodríguez Mesa el jueves 3 de marzo de 2005, en el salón de actos del Excmo. Ayuntamiento de Puerto de la Cruz, organizada por el Instituto de Estudios Hispánicos de Canarias con motivo de la celebración del “50 aniversario de los Cursos para Extranjeros”. La grabación de la misma, efectuada por Iris Barbuzano y Carmen Estévez, ha posibilitado su publicación.

** En 1950, Joaquín de Entrambasaguas y Peña se comprometió a gestionar la celebración de “unos Cursos para Extranjeros” en el Puerto de la Cruz. Lo testimonia Antonio Ruiz Álvarez...

“Hoy, 20 de septiembre de 1950.- El doctor Entrambasaguas me habla de algo que -de conseguirse- sería, dentro de lo cultural, la obra más importante para este pueblo. Le propuse reunirse con don Isidoro Luz antes de que se marchase a Madrid. Fijamos la reunión para mañana a la noche en el Hotel Taoro, que es donde se encuentra alojado don Joaquín, que ha venido como mantenedor a la conmemoración del segundo centenario del nacimiento de don Tomás de Iriarte, acto que constituyó un rotundo éxito”.

“Hoy 21 de septiembre.- Nos reunimos el Dr. Entrambasaguas y el Dr. Luz nuestro querido alcalde y amigo, en el Gran Hotel Taoro. Don Joaquín nos prometió conseguir que la Universidad de La Laguna hiciese, durante el mes de marzo, unos Cursos para Extranjeros y que los tales se celebrarían en este Puerto. El Dr. Luz Cárpenster le prometió todo cuanto se necesitase para que todo tuviese una feliz realización e incluso su ayuda particular, si fuese necesario de su peculio particular, pues consideraba que para el Turismo esto sería magnífico”.